

GIMÉNEZ LÓPEZ, E. (2021). *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia*. Alicante: Publicacions Universitat d'Alacant, 222 pp. ISBN: 978-84-9717-766-5.

Enrique Giménez López es, sin lugar a dudas, uno de los más reputados especialistas en lo que concierne a la expulsión de la Compañía de Jesús por Carlos III. Destacando, entre otras cosas, por la especial atención que ha venido dedicando, en diversos trabajos de gran altura científica, al destino y peripecia vital de algunos de los exiliados jesuitas más prominentes. Uno de ellos, el protagonista de la obra que nos ocupa, fue el padre alicantino Juan Andrés (1740-1817), amigo y pariente de Gregorio Mayans y, en su momento, profesor de Retórica en Gandía. Un personaje apasionante y lleno de matices; caracterizado por la agudeza de análisis y la amplitud de inquietudes intelectuales, reflejadas ambas en una imponente obra escrita; y por su evidente apertura de mente, que le hizo interesarse por el mundo de las ciencias experimentales y sumergirse de lleno en las corrientes culturales más innovadoras del convulso momento histórico que le tocó vivir.

Nos encontramos, pues, ante el relato de la vida y trayectoria de uno de los jesuitas españoles más sobresalientes de su generación, representante eminente de cierta corriente jesuítica partidaria de introducirse en los ambientes ilustrados con el fin de cristianizarlos. Alguien que, además, experimentó un rápido proceso de adaptación al ámbito cultural de la Italia de la segunda mitad

del siglo XVIII, su hogar de adopción. En sus páginas, Enrique Giménez nos presenta a su protagonista como un erudito neoclásico; como un hombre que llegó a convertirse en una figura intelectual de prestigio durante su exilio; como un estudioso que supo imbuirse de los nuevos métodos científicos del racionalismo para aplicarlos a la crítica literaria y a una moderna Historia de la Literatura; y como un autor de primera magnitud, cuya obra fue muy reconocida en toda Europa.

El profesor Giménez estructura su trabajo a partir de siete capítulos. Dedicó el primero de ellos a un argumento siempre sugestivo: el análisis de las complejas relaciones que se establecieron entre la Compañía de Jesús y la Ilustración. En el marco de las mismas, se trae a colación la incomodidad manifestada por el instituto ignaciano, a lo largo del Setecientos, ante determinados avances científicos; y, sobre todo, ante las potentes tendencias secularizadoras y defensoras de la libertad de pensamiento de que hacía gala el racionalismo imperante. Los ilustrados, por su parte — aun reconociendo la valía de determinados jesuitas a título individual —, a menudo percibieron a la Compañía como la gran defensora del fanatismo y un obstáculo para la renovación cultural que tanto anhelaban. Un panorama ciertamente contradictorio. Sobre todo porque, tras las distintas expulsiones de la Compañía de los estados católicos europeos y la posterior disolución de la Orden por Clemente XIV en 1773, muchos ex jesuitas terminaron por acercarse a la

cultura ilustrada, llegando a participar en algunos de sus principales proyectos.

El segundo capítulo del libro se centra, de modo particular, en la contextualización de la figura de Juan Andrés. Tras ingresar en la Compañía en 1754, se formó en diversos colegios valencianos y catalanes, comenzando muy joven a enseñar en Gandía. El jesuita salió de España con el resto de sus compañeros de Orden en 1767, debiendo afrontar junto a ellos el dramático periplo que los llevó hacia Córcega y, posteriormente, hasta los Estados Pontificios. En Italia, el jesuita alicantino publicó sus primeros trabajos, introduciéndose paulatinamente en los ambientes intelectuales más brillantes de la época y consagrándose en ellos gracias a su obra *Dell'Origine, progressi e estato attuale d'ogni Letteratura*. Un ambicioso esfuerzo erudito por sistematizar la evolución de la Literatura —incluyendo la Historia, la Poesía, las Ciencias experimentales o las Ciencias Eclesiásticas— desde sus orígenes más remotos hasta su presente inmediato. Es de destacar, en este sentido, que dicha obra, de un calibre verdaderamente enciclopédico, tuvo un gran impacto en Europa, siendo muchas veces reeditada durante el siglo XIX.

Con el tercer capítulo comenzamos a recorrer la experiencia del padre Andrés en diversos territorios italianos, empezando por la Bolonia papal. Una capital —en la que se concentraron muchos jesuitas hispanos— que se constituía como un centro cultural de primer orden gracias a la labor del Istituto delle Scienze. Juan Andrés conoció

sobradamente el ambiente intelectual boloñés, cuya apuesta científica y didáctica entendía a la manera de un ejemplo que bien pudiera llegar a imitarse en España. El cuarto capítulo está centrado en la posterior vivencia de Juan Andrés en Toscana, donde investigó en las colecciones diplomáticas, bibliotecarias y de manuscritos de los grandes duques. En especial, llamaron poderosamente su atención los fondos de las bibliotecas Magliabechiana y Laurenziana; las Universidades de Pisa y Florencia; y diversas academias y centros científicos privados dedicados a estudiar Física, Química, Astronomía, Matemáticas o Medicina, visitando el padre Andrés a importantes académicos y naturalistas del momento.

El capítulo quinto aborda la profunda influencia que ejerció, sobre Juan Andrés, su estancia en la Ciudad Eterna. Una Roma cosmopolita y presidida por la exaltación de la Antigüedad, lo que se expresaba en la renovación del interés arqueológico por sus ruinas, en el nuevo gusto Neoclásico y en el desprecio a la estética del Barroco. Siempre apasionado por la cultura, Andrés recorrió museos y bibliotecas, tratando con afamados eruditos y reencontrándose con antiguos compañeros jesuitas. Visitó los monumentos principales, las grandes basílicas y las colecciones privadas, reseñando los *capolavori* que albergaban y dando siempre muestras de una fina sensibilidad artística. Siguiendo, al menos en parte, la senda de las opiniones estéticas del célebre anticuario Johann Joachim Winckelmann, Juan Andrés se mostraba

partidario del orden y la sistematización cronológica de las obras maestras, fueran artísticas o, en su caso concreto, literarias. Como erudito, visitó muchas bibliotecas romanas, lamentando su poca accesibilidad y su rigidez normativa. En el sexto capítulo, Giménez se centra en la estancia napolitana de un Juan Andrés asombrado por el bullicio de la ciudad y el pintoresquismo de su ubicación privilegiada. Como en todos los lugares que recorría, el antiguo jesuita otorgó una atención especial a las bibliotecas de iglesias, instituciones religiosas, centros educativos y particulares. Acudió, igualmente, a Pompeya y Herculano, así como a los museos en los que se exponían sus espléndidos hallazgos arqueológicos, claves para entender las nuevas formas estéticas en boga durante los siglos XVIII y XIX.

La obra que nos ocupa culmina con un capítulo que repasa los últimos años de vida de Juan Andrés. Impactado, como no podía ser de otro modo, por el estallido de la Revolución Francesa de 1789, trató de entender el proceso de la mano de algunos de sus conocidos que lo estaban viviendo *in situ*. La ejecución de los reyes de Francia en 1793 le horrorizó sobremanera, hasta el punto de considerar diabólicos a los revolucionarios galos, suspirando por su aplastamiento decidido por las potencias europeas. La irrupción de las tropas de Napoleón en Italia en 1796 hizo que el jesuita alicantino tuviera que abandonar su residencia habitual en Mantua, moviéndose por distintas capitales italianas. Cuando en 1797 el gobierno español permitió volver a los jesuitas bajo ciertas condiciones,

Juan Andrés sintió serias dudas acerca de la conveniencia o no de regresar a España. A la postre nunca volvió a su patria, trabajando entre 1800 y 1804 como bibliotecario mayor del ducado de Parma y reanudando sus lazos con otros antiguos jesuitas, que comenzaban a reorganizar la Compañía de Jesús reabriendo noviciados y colegios en Italia. Nominado prefecto de la Biblioteca Real napolitana, en 1806 tuvo que sufrir la nueva abolición del instituto ignaciano en el reino partenopeo por su entonces soberano, José Bonaparte. Juan Andrés padeció con inquietud y desconcierto la invasión de España por las tropas francesas en 1808, de la que era informado mediante la correspondencia que mantenía con familiares y amigos. Cada vez más incapacitado por su edad y estado de salud, falleció en Roma en 1817, habiendo podido vivir la restauración de la Compañía de Jesús por Pío VII en 1814.

Por todo lo dicho nos encontramos, en definitiva, ante un volumen más que interesante y de consulta utilísima para todo aquél que intente comprender la Europa ilustrada del siglo XVIII, la evolución de sus ambientes culturales y el impacto de los acontecimientos políticos sobre los mismos. Un libro que, sirviéndose como medio de la mirada privilegiada de Juan Andrés, consigue mostrar al lector un sugestivo fresco del mundo del saber y de las mutaciones científicas, artísticas y políticas que se produjeron entre los siglos XVIII y XIX. Ante una obra de lectura amena, pero sustentada sobre un contundente aparato crítico, que proporciona a

quien a ella se acerca la instantánea de lo que fue una auténtica *república del saber* dieciochesca, caracterizada por la ruptura de fronteras y que aspiraba a difundir el conocimiento con mayúsculas entre los sectores más cultivados de las sociedades occidentales de la época. Ante un trabajo que, para terminar, tiene la gran virtud de contribuir

decididamente a la recuperación, para la memoria científica española, de una figura tan destacada, interesante y de inquietudes tan enciclopédicas como la del padre Juan Andrés, lo que hace su lectura más que recomendable.

Julián J. LOZANO NAVARRO 
Universidad de Granada